

9-23 - Julio - 78.

C-066-110-(123)  
(Num. 88.)



Caro 23 Mayo 91

# NUEVA RELACION DEL GANSO EN LA BOTILLERIA.

Alabao sea por siempre  
el paire de los borrachos;  
me alegro de ver á ostés,  
yo de cualquier suerte roado;  
pues como iba iciedo,  
he salio pa jaser algo,  
y ya de pura vergüenza  
loico se ma olviao;  
pero ello algo ha de ser,  
que juera un gran desacato,  
que me volviera á meter  
sin decir bueno ni malo;  
y ahora se me ha ocurrio  
un demonio de un pasajo,  
que me sucedió á mi, habrá  
sus veinte ó cincuenta años,  
y en forma de relacion  
aquí tengo de encajarlo.

Habrán de saber ostés,  
como un domingo de Ramos,  
por mas señas que cayó  
aquel año en Jueves Santo,  
me salí de mi lugar

resuelto y eterminao  
á encajarme en la ciudá  
de Graná en cuatro pasos;  
y me encajé en mucho menos  
de lo que canta un galápago.

Llegué al primer callejon,  
que estaba tóo tapao  
de muchas recajileras  
de álamos negros y blancos;  
allí habia mucha gente,  
y cuando menos me cato  
ví venir unas calesas  
con sus mulitas tirando;  
toas cuajás de oro,  
con tanto pintarrajao,  
y por unas ventanillas  
que traian por los laos,  
en una de las calesas  
ví muchas plumas de pavo  
que salian de unas cabezas  
como caras de cristianos.  
Me acerqué á un hombre y le ije;  
amigo, ¿qué pajarracos,

injertos en criatura,  
van en aquel carro-mato?  
entonces me respondió,  
el entrecejo arrugao:

—Animal, esos son coches,  
y aquellas plumas, penachos,  
que las señoras estilan  
en los gorros y peinados.

—¿Y los señores, qué estilan?  
—Cuernos, me ijo, so ganso;  
él se marchó haciendo burla,  
y yo me queé armirao.

Subí una calle hácia arriba,  
y ví tanto monicaco,  
foicos con sus casacas  
como las de los soldaos,  
unas blancas y otras rubias,  
y otras de color de zapo;  
con los calzones tan tiesos  
y el pelo tan erizao,  
y llenicos de ceniza,  
y en el piscuezo liao  
jasta la barba un pañal,  
que se estaban ahogando:  
otros traiban un sombrero,  
como un bacín boca bajo;  
otros con unas maamas  
con tantísimo corgajo  
en la saya ó mantellina,  
agarraos de los brazos,  
ya bajaban por arriba,  
ya subían por abajo:  
jaciendo tantos meneos  
y metios y sacaos,  
con unas risas sin gana  
que yo le ije á mi sayo:  
si acaso esos no están locos  
es que lo están ensayando  
con aquellas tonterías;  
qué, si aquello daba asco:  
yo, la verdad, me queaba  
paleto y embelesao.

Juí siguiendo mi camine,  
y enderezando mis pasos  
por el puente de Ginil,  
llegué á un sitio muy aneho  
que viz es el Humillaero,  
¡ allí, ¡válgame san Márcos!

lo que habia de calesas,  
de pelucas y virlangos:  
por el perro de san Roque  
que andaba yo mareao  
de andar en aquel infierno.

Por último juí andando  
la Carrera jácia riba,  
y llegué á una fuente de alabrao,  
con muchísimos pilares,  
y mas de milenta caños  
con caenas al reor,  
y al golverme jácia un lao  
en las Angustias me jallé  
sin saber como ni cuando:  
milagro jué de la Virgen,  
pues lo tenía deseo,  
sin pedir licencia á naide  
en la ermita me encajo:  
juí enderezando el pescuezo,  
y ví que habia unos santos  
subíos en las paeres,  
tan grandes y agigantaos,  
que tendria cada uno  
sus cuatro varas de alto;  
yo ijo: si uno se cae,  
probe del que esté debajo.

Juí mirando jácia riba,  
y de unas cueldas colgando  
habia unos talegonos  
como colchones alaos.  
Preguntale yo á uno:  
¿qué hay dentro aquellos sacos?  
el hombre me ijo; arañas;  
y yo ije: guarda, Pablo,  
si se revienta un costal  
me comen á picotazos;  
miré jácia el altar grande,  
que era todo de peñasco.  
allí vi á Nuestra Señora,  
tan jermosa que era un pasmo,  
que con vidrios adelante  
metia está en su cuarto:  
juí y me jinqué de roillas,  
y allí la estuve rezando  
foicas mis devociones,  
jaciéndole mil plegarias.

La Virgen, paz que lloraba,  
y yo de verla llorando,

eché también á llorar  
lo mismo que un muchacho;  
me levanté, salí juera,  
y me fui paso entre paso  
por toa aquella jacera  
donde diz que está el Rastro;  
y así que llegué á la esquina  
de la Fuente del Castaño,  
reparé que en una casa  
á móo de tabernajo,  
estaban con mucha bulla  
unos hombres meneando  
unos botijos de estaño,  
que les llamaban garrafos,  
y en un minuto los hombres  
á toos les juí pillando,  
y con güertas y meneos  
governaban el guisao;  
allí habia una gresca  
de andar saliendo y entrando,  
por Dios que se parecia  
madriguera de gazapos:  
me acerqué á un hombre y le ije:  
amigo, ¿qué es esto?—So asno,  
no ves que es la bestieria  
donde se refresca el cuajo?  
Yo que estaba del camino  
cansao y acalorao,  
incurriendo me paré,  
ije: no seria malo  
entrarme aquí á refrescar,  
y del camino escanso;  
como lo pensé lo jice,  
me coloqué dentro del patio,  
y por unas escaleras  
jasta arriba me encajo:  
zámpome en un saleta  
sin mas decir jó ni jarro,  
me jacenté en una silla  
muy serio y isimulao,  
allí habia mucha gente,  
y al retortero sentaos  
muchos hombres y mujeres  
que se estaban refrescando,  
y encima de una mesa  
á dar golpes empenzaron,  
y subió un mozolejo  
con unos tufos muy largos,

que de San Bartolomé  
pariente era en primer grado:  
y empiezan á ecirle unos:  
leche, otros, arbellano,  
otros ecian: limones,  
y otros manteca con rabo;  
otros le ecian almendras,  
y otros huevos jilaos;  
á mí se acercó, y me dijo:  
¿y usted que bebe mostramo?  
y yo le dije: lo que refresque  
jasta los mismos zancajos.

Se jué, y á poco subió  
con mas de catorce vasos,  
puestos con mucho esorden,  
en un reondon de palo;  
á mí se vino y me trajo  
uno lleno rebosando,  
con un diablo de gacheta  
que parecia ajo blanco,  
y yo le ije: ¡compadre,  
qué significa este gazpacho?  
y me respondió con sorna:  
—esta es horchata, so ganso;  
yo que nunca en jamás  
de aquello habia catao,  
al vidrio me enderecé,  
y al tirarme el primer trago  
las quijáas y los dientes,  
de manera se me helaron,  
que me quée sin sentío,  
y ya medio encirolao;  
por salir pronto del susto  
jarempujé con el jarro,  
y en sola una tragantáa  
me encájé tóo el surrampio:  
y allí ¡várgame san Lesmes!  
que nunca hubiera yo entrao,  
donde tóo el quintimperio,  
las tripas con el reaño,  
los gofes y las entrañas  
se me salían del cuajo:  
me pegó tal carraspera,  
que tosiendo y moqueando  
por las naric's y orejas  
me salieron cuatro caños;  
el vidrio se me cayó  
y se jizo mil pedazos:

la gente que estaba allí  
á jarcer burla empezaron;  
unos ecian: ¡qué bruto!  
otros ecian: ¡qué alano!  
¡qué pedazo de animal!  
yo que lo estaba escuchando,  
así que me reporté,  
me levante como un taco  
iciéndoles: que por via  
de la mitra de Pilatos,  
que si enderezo la porra  
les rompo á tóos los cascós;  
queran una cuadrilla  
de monigotes y trastos:  
se levantó un peluquilla,  
y enderezando la mano,  
jué á darme un bofetón  
y me pegó tres ó cuatro;  
yo enderecé la porra,  
mas otro por el otro lao  
me la quitó, y del tiron  
me sacó tóo el jarapo;  
yo empezé á repartir coces  
y á surrear puñetazos,  
y ellos á tirarme á mi  
patáas y puntillazos;  
al ruido y á las voces  
se encaramó arriba el amo,  
y ijo: ¡qué viene á ser esto?  
y uno respondió: ese asno,  
que como burro en la cuadra  
aquí se ha encajonao:  
me ijo mil esvergüenzas,  
y por coronar el chasco  
que le pagase tres riales  
y me juera con los diablos:  
yo le ije, que no tenia  
mas que cuatro ó cinco cuartos:  
ijo: pues echa á correr  
mas que no pagues un chavo;  
yo metiéndome el pañal  
que lo tenia corgando,

juí á bajar la escalera  
y en un escalon mojao  
se me escurrió un alpargate,  
y pegué tal batacazo,  
que jasta el patio bajé  
las escaleras roando;  
y empezó toa la gente  
con chillios y gritazos  
á ecir: ahí va ese bestia,  
ya se descornó ese asno;  
yo jechando par la boca  
mil'culebrones y sapos,  
me levanté de aquel suelo  
medio espaletiliao:  
en la calle me planté,  
y corriendo como un game  
me salí de la ciuda,  
y así que me ví en el campo,  
ije: quien pillara aquí  
á aquellos picaronazos,  
que yo les jiciera echar  
los jigaos por un lao;  
no son mas que unos monos  
embebios y empapao  
en aquellas monerías;  
vale mas, y no me engaño,  
una cuarta de alpargate  
y ropa de paño pardo,  
que tóos cuantos pelucas  
hay en el género humano.

Por fin llegué á mi lugar  
con propósito cerrao  
de no beber mas que vino  
aunque esté achicharrao,  
pues tan caro me costó  
el haberme refrescao;  
y con esto rematé:  
pidiendo á tóos postrao  
me perdonen, que aunque mia  
que soy hombre é lo bajo,  
el decilla mal ó bien  
mi trabajo me ha costao.

*(Autorizado segun la ley vigente.)*

MADRID.—1865.

Imprenta de MARES y compañía, calle de la Encarnación, núm. 19